

¡Væ Victoribus!



Væ
VICTORIBUS



A María Lucilla.

En Diciembre, á las seis es completamente de noche. Minuto más ó menos, á esa hora volvía del monte José Gaio, solo, con el azadón al hombro, un poco mareado con la tronada que rugía á lo lejos sordamente. Sobre su cabeza, el cielo íbase tornando cada vez más negro, con esa negrura espesa de tempestad, que infunde pavor á los hombres y de la cual sienten miedo los mismos pájaros. Cesó de

llover; pero el viento Sur comenzó entonces á soplar, agitando las grandes ramas desnudas de los castaños, haciéndoles murmurar no sé qué extraña elegía... Al brillar un relámpago más vivo, José Gaio apresuró el paso, persignóse y rezó el *Magnificat*. El trueno sonó al punto lúgubre, cavernoso, arrastrándose en retumbos por la inmensa anchura del cielo. Bajo los pies sentía José Gaio el camino barroso, encharcado por los fuertes chubascos de todo el día. Pero ya no distaba mucho el puente. Después venía la ladera, y en medio de la ladera la casa.

— ¡Vamos allá, con ayuda de Dios! — decía animándose.

Una súbita claridad de relámpago lo deslumbró. Ante sus ojos surgió de repente el paisaje mágicamente iluminado y en seguida desapareció. Echó entonces á correr, aterrado; mas tan fuerte vino en seguida el trueno, que instintivamente el hombre se detuvo y elevó al cielo las manos suplicantes, con un gesto que imploraba misericordia. En aquella inminencia del peligro, hasta los árboles le

parecían petrificados por el terror, á orillas del camino. Y al través de los castaños, el sordo rumor del viento era como la voz suplicante de la Naturaleza, uniéndose á la voz del hombre en un nutrido coro de súplicas..

José Gaio iba transido. Mas hubo de hallarse peor, cuando de repente, sin saber de dónde, alguien lo llamó con voz lúgubre:

— ¡José Gaio!

El hombre paróse. Y como muy cerca de él se irguiesen los brazos de la negra cruz que indicaba haber sido muerto allí José Tendeiro, años ha, apretó el paso y tomó por un atajo en dirección al puente. Pero entonces la misma voz repitió más próxima:

— ¡José Gaio!

Quiso huir, mas parecía que el miedo le cortase las piernas. Brilló en esto un relámpago, que iluminó de mil colores el paisaje. Cerró los ojos con fuerza, nerviosamente, herido por aquel resplandor, que de milagro no lo hizo rodar por tierra. Y cuando bramó el trueno, rudamente, yacía el campesino en el suelo, inmóvil

como una estatua. Entonces sonó de nuevo la voz, como una prolongación del trueno:

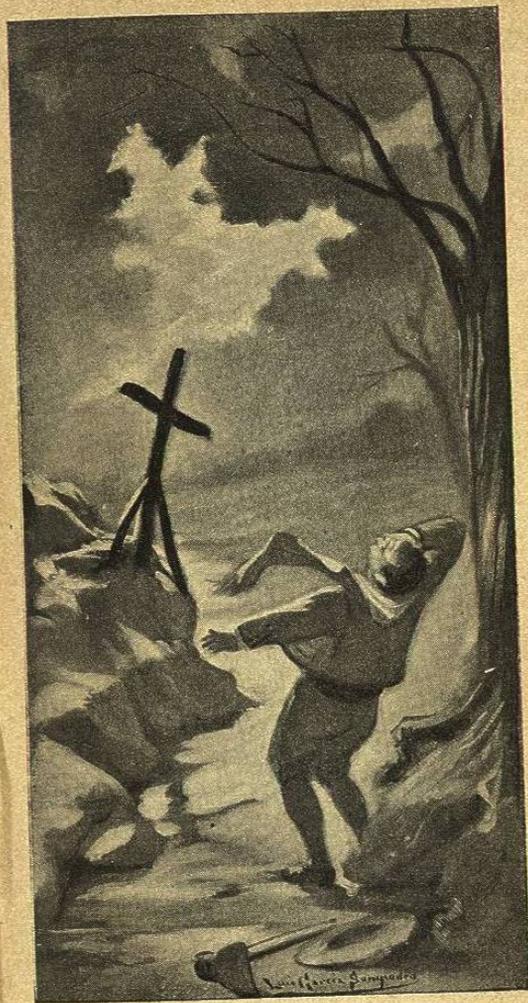
—¡José Gaio!

Iba á seguir para ganar el puente. Parecía que, una vez traspuesto, treparía á la ladera en un instante. Pero involuntariamente, cediendo á una fuerza violentísima, comenzó á retroceder, tambaleándose. Aquel rugir del agua, que bajo del puente formaba remolinos, rugir violento y monótono, infundióle gran pavor. Tuvo miedo, y empezó á recular... Sólo paró al oír la misma voz de antes:

—¡José Gaio!

Y luego, tras de la voz, como un rastro, un intensísimo relámpago color de sangre. Lo vió todo rojo, como incendiado, todo menos aquella cruz obscura, de largos brazos siempre abiertos y siempre firmes, que parecían desafiar la tempestad...

Aquella serenidad de la cruz, lo aturdió. Diríase que ese noble ejemplo de altivez venía á humillar más su flaqueza. Desvió la mirada y cerró convulsivamente los párpados. ¡Pero en vano! que fué



tan vivo el resplandor y tanto le hiriera en el cerebro, que sobre un fondo color de sangre, como en un transparente de magia, veía claramente dibujada, siempre firme y siempre altiva, la cruz que lo aturdera. Entonces sintió impulsos de huir: una oleada de valor parecía dilatarle el pecho, empujándolo. Y precisamente en este momento, la voz volvió á llamar:

—¡José Gaio!

Sintióse quebrantado, transido hasta lo más hondo de su ser. Un gran desfallecimiento lo invadió completamente, quebrándole la última fibra de su energía, como se quiebra un mimbres seco. La parálisis le atacó también al cerebro: no acertaba á formar un sólo raciocinio ni elaboraba siquiera una idea, por más sencilla que fuese. Y fué preciso un enorme trueno para que se estremeciera todo, conmovido como la misma tierra. Después, otro relámpago hizo revivir en él la vida del espíritu; sintió gran pavor ante aquel súbito aspecto del campo, que delante de él perdíase de vista, encendido, como si todo estuviese en llamas. Aquí un pincarascal, una ermita allí, por todas partes

casas, surgían de improviso, dibujando claramente sus contornos, definidos maravillosamente en sus actitudes. Los grandes árboles desnudos, sobre todo, tenían un aire fantástico, en aquella nítida pureza de recorte, que trazaba en la luz las sinuosidades más delicadas de las ramas y los troncos. En medio de esta decoración mágica, á la vez majestuosa y tétrica, el triste campesino sentíase lleno de pavor, jadeante y casi inerte, tirado por tierra, rígido como la cruz que tenía delante. Y ni un sólo gesto implorativo, ni una sola palabra de súplica le salía de los crispados labios. Porque una vez que trató de hablar, el más formidable trueno le cortó en la primera sílaba. Además, aquella voz no cesaba, imperturbable y monótona:

—¡José Gaio!

Y él, sin responder, ni hablar, creía conjurarla, exorcizarla, como si fuese la voz de un duende. Y á esta evocación de lo sobrenatural, ayudaba mucho, como el lector comprenderá, aquel aspecto sereno de la cruz negra, inmovible bajo el ala azotadora de la tormenta.

Vino en esto la lluvia, en gruesas gotas al principio, en hilos de agua después. Azotábalo inclemente, impelida ahora por un furioso viento Sur. No dió un paso para procurarse abrigo, ni siquiera se movió. Como todo él ardía en fiebre, aquel diluvio era casi un beneficio divino para su cabeza hecha un volcán. Pero cuando brillaron los relámpagos, aquella reverberación de la luz en los hilos de agua, le produjo un deslumbramiento más fuerte. Y quedó inerte sobre el camino enlodado, por donde el agua corría impetuosa, á la vez que la voz de siempre, sobreponiéndose al trueno, repetía del lado de la cruz:

—¡José Gaio!

Cobarde, sucio como un sapo, empapado hasta los huesos, así quedó; — de bruces. Después, cuando abrió los ojos, en el gran charco en que tenía casi hundida la cara, veía reflejar la cruz á cada relámpago. Allí estaba ella, en su sitio, altiva, serena, sin temor á nada, recta como un ejemplo... Y luego que pasó el diluvio, de sus brazos abiertos las gotas de lluvia caían, rojas por efecto

de la luz, como gruesas lágrimas de sangre...

¡Cobarde! Ninguna comparación puede dar idea del estado de postración de aquel miserable, reducido por el terror á una casi inacción de animal muerto. Diríase que era un inmundo sapo, caído allí, abandonado en el fango innoble del camino, en espera de la arroyada que lo arrastrase... ¡Era abyecto!... Y á la vez que aquella bestia yacía así, aturdida, como buey postrado por un martillazo, en el extremo del horizonte, hacia el Sur, las fantásticas torres de las grandes nubes plumizas, listadas de negro y rojo, ametrallando con furia el espacio en todas direcciones, era todo cuanto nuestro espíritu puede concebir de más grandioso y más sublime, épico y trágico al propio tiempo, soberbio, majestuoso, imponente.

Pero la voz oíase siempre, por encima del viento, por encima de los truenos, aquella voz:

— ¡José Gaio!

Así por largo tiempo, horas tal vez. El entorpecimiento causado por el frío agra-

vábale el otro, el del miedo. Parecía pegado al fango, sujeto al camino como si fuese una roca. En tanto, á intervalos, tenía la conciencia clara de su posición y de su estado; y entonces una rabia súbita lo galvanizaba: quería erguirse, huir, desaparecer, — erguirse como aquella cruz, huir como aquel viento, desaparecer como aquellos relámpagos, que no dejan rastro ni dan tregua...

Tales arrebatos de coraje eran, sin embargo, efímeros, impotentes para provocar un movimiento. Aquel diablo tenía que morir allí, miserablemente, innoblemente, como un perro á quien hubiesen amputado las cuatro piernas. Y esta idea, que le sugirió el instinto de vivir, lo atemorizó todavía más que la misma tormenta. ¡Morir allí! ¿Pero, qué duda tenía, si nadie le socorría, si no pasaba por allí alma viviente á tales horas? ¡Era horrible! En medio de un camino, en una medrosa noche de tempestad, al pie de aquella cruz negra de largos brazos, rígidos: — ¡morir allí!... ¿Vertíase quizá por él las lágrimas que parecía llorar la cruz?...

En esto pensaba, cuando un momentáneo silencio le permitió oír pasos á distancia. Alguien venía. Quienquiera que fuese, tenía que pasar por allí, que tropezar con él tal vez. Súbitamente, sintióse revivir. Estaba salvado. En breve estaría

de pie, de pie como aquella cruz que un relámpago muy vivo acababa de mostrarle... Mientras tanto, la voz era la que no cesaba:

—¡José Gaiol!



Mas los pasos íbanse acercando; y entonces, recelando que lo pisoteasen, reunió en supremo esfuerzo todas sus

mayores energías y se corrió hacia un lado, hasta quedar detrás de unos arbustos. Cosa notable fué, señores, que aquel miserable, en vez de gritar, callase, y se recogiera completamente en una absoluta

quietud, con miedo de que lo sorprendieran... Y quienquiera que fuese, pasó, con la cabeza descubierta, por delante de la cruz que goteaba... A los oídos del miserable llegó un como murmullo de rezo... No iba sólo rezando, iba también llorando, aquel hombre...

... ¿Quién sería?

Una claridad blanca de relámpago hizo surgir de las tinieblas, lívido como un espectro, al hijo de José Tendeiro...

El desgraciado lloraba por el padre, asesinado allí, años ha, en una noche como aquella...

Pasó, ladera abajo, en dirección del puente viejo. Sólo aquel cobarde no se movió, postrado sobre los brazos, casi pegado á la cruz.

Y así estuvo horas y horas, hasta que, muy entrada la noche, cesó la tormenta, perdiéndose en un murmullo incesante, allá en el límite extremo del horizonte.

... Cuando salió la luna, lívida en un cielo de añil, ni la grande sombra de

la cruz, cayendo sobre aquel cuerpo como un beso ó una bendición, logró reanimarlo, ¡Había muerto aquel estafermo!

Al otro día, como es consiguiente, fué allá la justicia. El anciano cura llegó después, á buscar el cuerpo. Los médicos no lo habían movido.

—¡Sangre por los ojos, sangre por la boca, sangre por la nariz, una congestión de padre y muy señor mío!—dijo uno riendo.

—Y muy mal empleada,—añadió el del lado, indiferente.

Pero cuando los de la camilla dijeron á un tiempo—*¡Upa!*—el buen viejo del cura cayó de rodillas delante de la cruz, en una convulsión agudísima de lloros. Y elevando al cielo las manos cruzadas—al cielo que un divino azul tornaba diáfano—exclamó sollozando:

—¡Señor, Señor! ¡Vuestra justicia es tremenda, como es infinita vuestra misericordia!

... Secreto de confesión...—pero el cura bien sabía quién había matado á José Tendeiro...



Maruja